

diesen al mundo un ejemplo de que sacrificaban parte de sus derechos al amor de la patria, evitándola una sangrienta guerra civil que la destruiría.

Las personas que formaban la embajada eran muy notables en el reino, y de gran respeto para el príncipe, á quien iban á ver. Ixtlilxochitl les recibió con señaladas distinciones, y se manifestó digno en la respuesta que dió á sus proposiciones y advertencias. Ixtlilxochitl les dijo que su movimiento no tenia por objeto disputarle el trono á su hermano Cacamatzin; que deseaba, por el contrario, que siguiese en posesion del reino de Acolhuacan; que nada pretendia contra él; que al ponerse al frente del ejército que le obedecia, no habia tenido mas idea que la de tener á raya las aspiraciones de los emperadores de Méjico, estando dispuesto á disputarles cualquiera usurpacion que intentasen solapadamente; que la tranquilidad del reino jamás la alteraria por bastardas ambiciones; y que si en aquellos instantes se hallaba dividida la nacion, no porque él aspirase al mando, sino para oponerse á las miras ambiciosas de los mejicanos, que se habian engrandecido con los sacrificios de los acolhuas, esperaba verla muy pronto unida y fuerte, al librarse de caer en los lazos que le tenia tendidos el astuto Moctezuma. «Aconsejad á mi hermano Cacamatzin —añadió— que no dé oidos á las palabras del ambicioso monarca de Méjico; que desconfíe de él. Entre tanto, yo, con mis tropas, velaré por la integridad del territorio, oponiéndome á las miras siniestras del emperador mejicano.»

Los embajadores quedaron satisfechos de la respuesta de Ixtlilxochitl, y despues de celebrar el convenio pro-

puesto por Cacamatzin, se volvieron á Méjico, donde les recibió el rey con marcadas demostraciones de aprecio.

Ixtlilxochitl, dominado por su sentimiento de antagonismo contra los mejicanos, mantenía en continuo movimiento sus tropas, y varias veces llegó hasta las puertas de la capital

de Méjico, y retó á combate personal al emperador Moctezuma. Pero el monarca mejicano, bien porque los regalados goces de la vida que llevaba hubiesen amortiguado su energía, bien por cualquiera otra causa, nunca quiso admitir el reto, juzgando, sin duda, que era mas prudente destruir su ejército, saliéndole á batir con otro poderoso, que presentarse á un duelo personal con un jóven impetuoso y resuelto, cuya destreza en las armas era conocida.

Muchos encuentros y batallas se dieron entre las tropas mandadas por Ixtlilxochitl y las mejicanas, con éxito vario. Indignado un primo del emperador Moctezuma de la arrogancia de Ixtlilxochitl, ofreció al monarca hacer prisionero al osado príncipe y conducirle preso á su presencia. Puesto á la cabeza de un buen número de tropas, salió al encuentro de su contrario. Ixtlilxochitl tuvo aviso de la promesa hecha, y preparó su gente para la batalla, que fué tenaz y sangrienta. El primo del emperador Moctezuma luchó como un héroe; pero en vez de hacer prisionero á Ixtlilxochitl, fué derrotado y hecho prisionero por éste.

Ixtlilxochitl, para castigar la presuncion manifestada en la promesa hecha al monarca de Méjico, ordenó que le colocasen atado sobre un monton de cañas secas, y le quemó vivo en presencia de todo el ejército.

Así, aquellas dos naciones hasta entonces unidas con lazos de la mas estrecha amistad, se hacian la guerra para destruirse mutuamente. La armonía entre una gran parte de la nacion acolhua y la mejicana habia terminado. Cierto es que el rey Cacamatzin continuaba siendo fiel aliado de Moctezuma; pero sus dominios habian disminuido considerablemente con los pueblos cedidos á su hermano; y mientras éste se mantuviese en actitud hostil contra los mejicanos, era imposible que Moctezuma intentase nuevas conquistas sin la alianza de la nacion entera. La firme resolucion de Ixtlilxochitl de mantenerse contrario á los mejicanos, contrariaba los proyectos

1518. Llegada de los españoles á las costas de Méjico. posteriores que Moctezuma habia concebido respecto de Michoacan y de Tlaxcala. En aquellos momentos de contrariedad, que exaltaban su cólera, recibió una alarmante noticia, cuyo grave carácter ocupó plenamente su pensamiento. Los gobernadores mejicanos que tenia nombrados en los pueblos de la costa, se presentaron en la corte diciéndole que unos hombres blancos, de barbas, de diverso traje y lengua, habian llegado en barcos muy grandes á las playas del imperio. Los gobernadores, á fin de dar una idea del vestido de los extraños huéspedes, de sus armas y de los barcos, los traian representados, con bastante perfeccion, en pinturas.

Con efecto: la llegada de gente extranjera era cierta, y aquella gente era española.

D. Juan de Grijalva, que con doscientos cuarenta españoles habia recorrido, con cuatro buques, la costa de Yucatan, acababa de llegar á una isleta á quien pusieron el

nombre de *Ulua*, y á otra contigua á ella el de *Sacrificios* (1).

Alarmado Moctezuma con aquella noticia, y no queriendo tomar resolucion ninguna respecto á la conducta que debia seguir con los extraños huéspedes, sin consultar con sus aliados y los sabios y grandes de la corte, tuvo una conferencia con su sobrino Cacamatzin, rey de Texcoco, con el de Tacuba, con Cuitlahuitzin, señor de Iztapalapan, hermano suyo, y con varios distinguidos personajes de recto juicio y de acreditado saber, que eran sus consejeros ordinarios.

Ya he dicho, al hablar de la religion y de la mitología azteca, que todos los pueblos del Anáhuac conservaban la creencia de que Quetzacoatl, dios del aire, á quien se juzgaban deudores de sus leyes, de la agricultura, de las artes y de todos los ramos del saber, habia prometido, al desaparecer del país de una manera maravillosa, que volveria acompañado de seres de gran saber para hacerse cargo, de nuevo, del gobierno y de la felicidad de los pueblos. El cumplimiento de esta promesa estaban seguros de que se realizaria, como hecha por un dios el mas

(1) El origen del nombre de *Ulua* es el siguiente: Al desembarcar en la isleta los españoles, vieron que los sacerdotes acababan de sacrificar dos niños. Preguntó Grijalva por señas, á un indio que llevaba del rio de Bandejas, que por qué habian dado muerte á aquellos inocentes. El indio, no pudiendo explicarse sino por señas, contestó señalando hácia Méjico, Acolhua: esto es, que el rey de los acolhuas, que así eran conocidos los habitantes del valle de Méjico, lo mandaba. Grijalva, no oyendo mas que la palabra *Ulua*, llamó así á la isleta, y por ser día de San Juan y llamarse él así, se le puso á aquel sitio, San Juan de Ulua.

A la otra se le puso el nombre de isla de Sacrificios, porque en uno de los templos que habia en ella acababan de sacrificar cinco indios á sus dioses.

bueno; y los reyes y señores no se consideraban sino como lugartenientes de la divinidad.

Dominados por esta idea, los personajes que se reunieron á conferenciar, convinieron en que los hombres barbudos y blancos que acababan de llegar á las playas del imperio, surcando los mares en los grandes y desconocidos barcos que veian pintados, no podian ser otros que los que acompañaban al dios Quetzacoatl, el cual, sin duda, se hallaba entre ellos. Persuadido Moctezuma, por la opinion unánime, del arribo del venerado númen, dispuso que cinco notables personajes fuesen á dar la bienvenida á la divinidad, llevándole ricos presentes por ofrenda. Sin embargo, no parece que en su interior se hallaba muy contento de aquel acontecimiento.

Se encontraba muy bien rigiendo los destinos del imperio, y tal vez el númen del aire podia dar las riendas del Estado á otro de los que le acompañaban. De todas maneras, Moctezuma quiso cumplir con su deber religioso, y antes de que se pusiesen en marcha los embajadores con los regalos, ya habia comunicado órdenes á los gobernadores de las ciudades próximas á la costa, disponiendo que observasen hasta los mas ligeros movimientos de los barcos extranjeros, y que le diesen aviso de cuanto llegasen á ver.

Los enviados con los regalos emprendieron su marcha; pero antes de que llegasen al punto en que estaban los españoles, Moctezuma recibió una noticia inesperada de los gobernadores que observaban la escuadra. La noticia fué para él agradable. Los extranjeros se habian alejado del país. Con efecto, Grijalva, no contando con los elementos

necesarios para establecerse allí, se alejó despues de haber permanecido algunos dias en Ulua y Sacrificios. Moctezuma respiró tranquilo al ver que podia continuar en el trono, y siguió ocupándose en hacer adquisiciones territoriales que aumentasen su poder. El carácter blando de Cacamatzin y el influjo que como tio ejercia sobre su corazon, favorecieron sus miras ambiciosas. Moctezuma, valiéndose ya de la astucia, ya de estratagemas y ya de pretextos, logró despojar á su aliado sobrino, fingiéndole proteccion y cariño, de algunas importantes poblaciones, debilitando así el poder de la nacion acolhua, y robusteciendo mas y mas el de su imperio.

Esto aumentaba el odio del príncipe Ixtlilxochitl, que ocupaba con su ejército las montañas, contra el monarca mejicano. Pero la guerra que continuaba haciéndole Ixtlilxochitl, lejos de considerarla como un mal, la juzgaba como un bien inapreciable, puesto que las batallas le proporcionaban prisioneros para sacrificarlos en honor de sus dioses. Precisamente, la necesidad de víctimas que todos aquellos países tenian, era la principal causa de que rara vez viviesen en armonía entre sí; y tiempo hacia que los tlaxcaltecas y mejicanos habian convenido en darse un número de batallas campales al año, para proveerse ambas naciones, de los necesarios prisioneros que su religion les exigia sacrificar en los altares de sus ídolos.

Sin embargo, aunque le pareciese un bien la lucha contra Ixtlilxochitl porque de ella, además de los prisioneros, pudiera resultarle que se agregasen, mas adelante, algunas poblaciones á su corona, era positivamente un mal. Las provincias conquistadas, que siempre estaban re-

belándose para sacudir el yugo que les sujetaba á Méjico, viendo ocupada una gran parte de las tropas en vigilar los movimientos de Ixtlilxochitl, creyeron oportuno aquel instante para levantarse, y algunas se lanzaron á la lucha. Moctezuma, que tenia fuertes guarniciones en las principales plazas conquistadas, envió suficiente número de gente contra los insurrectos, y venciéndoles, volvió á sujetar á su obediencia á los pueblos sublevados, castigando con la muerte á los principales jefes. Pero estos castigos y el rigor que se desplegaba contra los vencidos, no eran bastantes á sofocar el sentimiento de independenciam. Pesaban sobre las provincias conquistadas ruinosos impuestos, que se cobraban con un despotismo odioso, para mantener el fausto y la grandeza del monarca. La insolencia de los recaudadores que no guardaban miramiento ninguno con los que tenian que entregar el tributo, ocasionaba frecuentes resistencias, y mantenia vivo el rencor contra los dominadores. Todas las provincias sojuzgadas veian á los mejicanos como á los últimos que habian llegado al país y como usurpadores del terreno á que ellas únicamente se juzgaban con derecho. De aquí las continuas rebeliones en cada nuevo monarca, y los continuos castigos al reprimirlas. Hacia algunos años que el reinado de Moctezuma se habia convertido en una no interrumpida sucesion de hostilidades. Cierta es que su poder era grande, y que los pueblos sojuzgados le obedecian. Pero aquella obediencia no era sino el resultado del temor, y de ninguna manera de la adhesion del cariño. No se habia procurado por ninguno de los emperadores, y mucho menos por Moctezuma, usar de una política de amalgamacion, que unie-

se, por intereses mútuos, á todos los países conquistados con la nacion conquistadora. Los reinos tributarios estaban reprimidos por las armas de sus vencedores. Eran como caudalosos rios contenidos por una alta y robusta presa. Solo faltaba que una mano extraña y diestra se presentase á romper por algun lado ésta, para que, desbordándose las aguas contenidas por tanto tiempo, ahogasen en su impetuosa corriente á los que las habian puesto el dique.

La república de Tlaxcala: A estos numerosos elementos de desunion, su extension. que podian producir á Méjico la desmembracion de sus mas ricas provincias, se agregaba el antagonismo de dos próximas y guerreras naciones, sobre quienes nunca habia conseguido alcanzar ventajas. Estas guerreras naciones, que consagraban un odio implacable á los mejicanos, odio que era correspondido con igual fuerza, eran Michoacan y Tlaxcala. La extension de territorio que ocupaba la primera, ya lo he referido al dar á conocer las costumbres, adelantos, religion y producciones de ella. La república aristocrática de Tlaxcala, enclavada en el imperio mejicano, y regida por un senado compuesto de ancianos, aunque corta en su terreno, era fuerte y temible. Por el Oriente confinaba con varios Estados sujetos á la corona de Méjico: por el Poniente con el reino de Acolhuacan; por el Norte, con el Estado de Zacatlan, y por el Mediodia, con las repúblicas de Cholula y Huexotzingo, y con el Estado de Tepeyacac, que pertenecia al imperio mejicano.

No excedia la longitud de la república tlaxcalteca de diez y siete leguas, ni su latitud de diez. La capital,

La ciudad de Tlaxcala y número de habitantes que tenía. llamada Tlaxcala, y de donde tomó su nombre la república, estaba situada sobre la pendiente de la elevada montaña Matlalcueye, hácia el Noroeste y á distancia de veinticuatro leguas al Oriente de la capital de Méjico. Era grande y hermosa la ciudad. Sus edificios muy buenos; cerca de noventa mil sus habitantes, muy bien abastecida de comestibles y artefactos, y verdaderamente fuerte por sus notables obras de defensa.

Entre las muchas plazas de mercado que contaba, habia una, que era la principal, donde se reunian diariamente mas de treinta mil personas, unas para proveerse de lo necesario, y otras para vender sus efectos. En ese gran mercado se encontraban joyerías de oro, plata y piedras preciosas; finas y ricas telas de algodón; capas de vistosas plumas; leña, carbon, yerbas medicinales, aves, legumbres, abundancia de maíz, vestidos, calzado y loza finísima, de la cual habla con elogio Hernan Cortés en una de sus cartas dirigidas al emperador Carlos V. Reinaba en la ciudad el mayor orden y policia; su gente era robusta, de clara inteligencia y de juicio, y superior, en capacidad, á la mejor de Africa (1). Habia baños, barberías, en que rapaban y lavaban la cabeza al parroquiano, y cuanto era necesario á la comodidad y á la vida, excepto la sal, de que estaban privados hacia muchos años, por haber impedido los emperadores mejicanos que sus vasallos les proveyesen de aquel artículo. La capital era la residencia de todos los grandes señores de los pueblos, y esto daba á la corte tlaxcalteca una vida y una animacion indescriptibles.

(1) Carta segunda de Hernan Cortés á Carlos V.

Extension del reino de Acolhuacan. El reino de Acolhuacan, aunque aliado hasta entonces de los monarcas mejicanos, se mostraba en aquellos momentos, una gran parte de él, contrario, y solo le era favorable el soberano Cacamatzin con los pueblos que le obedecian. Este reino que, como el mas antiguo del Anáhuac, habia sido tambien el mas extenso, se encontraba reducido á mas estrechos límites por las adquisiciones de los mejicanos. Por el Oriente confinaba con la república de Tlaxcala; por el Sur con el Estado de Chalco, sujeto á la corona de Méjico; por el Norte con la provincia de los huastecos, y por el Poniente terminaba en la laguna de Texcoco, viéndose igualmente estrechado por algunas provincias de Méjico. La longitud del reino de Acolhuacan, de Norte á Sur, era de sesenta y ocho leguas; su latitud no excedia de veinte. Pero, si no contaba con grandes terrenos, se hallaba enteramente poblado, y sus ciudades eran muchas y notables. Texcoco, capital del reino, se hallaba situada sobre la ribera oriental de la laguna que llevaba el mismo nombre, á cinco leguas al Oriente de la ciudad de Méjico, y era, como ya hemos dicho, una de las poblaciones mas y número de habitantes que tenía. ilustradas y ricas del Anáhuac. Su poblacion no bajaba de ciento veinte mil almas, y sus casas de cal y piedra, así como sus templos y sus palacios, dejaban admirar su buena construccion y su vasta capacidad.

Inmediatas á esta corte, notable por el cultivo de las ciencias y de las letras, se encontraban las ciudades de Huexotla, Coatlichan y Atenco, que venian á formar, por decirlo así, tres notables suburbios de ella (1). No eran

(1) Hernan Cortés dice que Texcoco «seria de hasta treinta mil vecinos»;